

UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

PROGRAMA DE DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

CURSO: "ÉTICA Y PSICOLOGÍA"

***EXPERIENCIA PSICOTERAPÉUTICA***  
***INVITACIÓN A UNA TRAVESÍA ÉTICA NEGATIVA EN UN***  
***ESCENARIO DE CONVERSACIÓN TERAPÉUTICA***

Alumna: Ps. Claudia Calderón Flández

10 de Agosto 2012

*“Hasta ese estanque mágico y transparente se acercaron a bañarse, haciéndose mutua compañía, la tristeza y la furia. Las dos se quitaron sus vestimentas y desnudas las dos entraron al estanque.*

*La furia, apurada (como siempre está la furia), urgida sin saber por qué, se bañó rápidamente y, más rápidamente aún, salió del agua. Pero la furia es ciega, o por lo menos no distingue claramente la realidad, así que, desnuda y apurada, se puso al salir la primera ropa que encontró y sucedió que esa ropa no era la suya, sino la de la tristeza y así, vestida de tristeza, la furia se fue.*

*Muy calmada y serena, dispuesta como siempre a quedarse en el lugar donde está, la tristeza terminó su baño y sin ningún apuro (o mejor dicho, sin conciencia del paso del tiempo), con pereza y lentamente, salió del estanque. En la orilla se encontró con que su ropa ya no estaba.*

*Como todos sabemos, si hay algo que a la tristeza no le gusta es quedar al desnudo, así que se puso la única ropa que había junto al estanque, la ropa de la furia.*

*Cuentan que desde entonces, muchas veces uno se encuentra con la furia, ciega, cruel, terrible y enfadada, pero si nos damos el tiempo de mirar bien, encontramos que la furia que vemos es sólo un disfraz y que, detrás del disfraz de la furia, en realidad... está escondida la tristeza”. (Anónimo)*

## **Introducción**

En esta leyenda se retratan bellamente aspectos centrales de la experiencia humana sobre los cuales es mi intención reflexionar, específicamente el emocionar y el valorar dos experiencias que de connatural van de la mano.

Si bien pareciera que las emociones pueden vivirse con cierta confusión, esta condición obedece a su naturaleza caracterizada por el fluir en permanente metamorfosis, facilitada por el hecho que la distancia, “oposición” o “contrariedad”<sup>1</sup> entre ellas es sólo aparente (podríamos pensar que es cuestión de los ropajes valóricos con los que son ataviadas). Por otro lado, la valoración respecto del entorno, acción de la cual suelen emerger estas emociones, resulta ser una condición irrenunciable del ser humano como sujeto ético, que inscribe en esta acción la posibilidad de valorar y revalorar permanentemente (podríamos pensar, cambiar los ropajes), sosteniéndose en ello la libertad del hombre de vivir en un devenir fluido, o en su defecto el riesgo de permanecer estancado en valores nacidos del propio acto de valorar y al hecho que a veces esta acción se entrega sin más a la costumbre o al devenir de los valores dados por una ética heteronómica; en ambos casos teniendo por consecuencia dejar al ser afectivamente anclado.

El presente trabajo es una reflexión que tiene por objetivo tender un puente entre la propuesta filosófica de la Ética Negativa, estudiada por Holzapfel (Holzapfel, 2000) y su pertinencia como principio fecundo para analizar en parte la acción psicoterapéutica. Más específicamente se trata de vincular la “disposición al retiro de valoraciones” como un ejercicio que acontece –tanto en pacientes como en terapeutas- a partir de una invitación terapéutica, que en un contexto de “conversación” es ofrecida por un terapeuta a aquellos de sus pacientes que experimentan sufrimiento producto de su vivir en cierta estado que podríamos llamar de fijación valórica.

---

<sup>1</sup> En este párrafo los términos Oposición y Contrariedad se entienden en el sentido que Holzapfel (2000) los analiza en s capítulo 4 del texto Aventura Ética.

En este contexto, la Ética Negativa se podría entender como un principio orientador para el terapeuta, que acompaña la invitación terapéutica hecha al paciente. Se trata de un mantenerse alerta y a cierta distancia de las propias valoraciones, en una actitud que permite sostener su intención de facilitar o promover en el contexto de una “conversación terapéutica” una nueva acción ética del paciente que sea vivida y por ende narrada como más auténtica y fluida.

### ***La valoración como acción cotidiana que en ocasiones acarrea sufrimiento***

“No consiste tu mal en un guía interior ajeno ni tampoco en una variación o alteración de lo que te circunda. ¿En qué, pues? En *aquello en ti* que opina sobre los males. Por tanto, que no opine esa parte y todo va bien.” (Marco Aurelio, Meditaciones IV, 39, p.92; cit. En Holzapfel, 2000 p.57)

En su necesidad de orientarse en un mundo de cosas, personas, hechos, en fin sobre su devenir que lo incluye a él mismo; es parte de la acción rutinaria del hombre realizar valoraciones; así en una suerte de devenir habitual deposita valoraciones de diversa índole sobre todo; califica de buenos o malos, justos o injustos, loables o indignos todo aquello con lo que se encuentra y en base a dicho acto valórico orienta su actuar y sentir sobre el mundo. Y aún cuando el “ser en sí” de estas cosas, personas o hechos es adiafórico, es decir independiente o “indiferente” de dichas valoraciones, el hombre tiene la tendencia a quedarse sujeto –anclado- en las valoraciones que realiza, haciendo de los valores parte consustancial del mundo en que se desenvuelve, develando de paso su naturaleza ética.

Cuando un paciente llega a nosotros en busca de ayuda psicoterapéutica, trae consigo un mundo de valores y una jerarquía de los mismos construida previamente. A partir de ellos ha desarrollado una trayectoria –o biografía- de valoraciones sobre lo que, en palabras de Ortega y Gasset, constituye parte de su propio “yo y su circunstancia”. Por otro lado, el paciente y su sufrimiento resulta hasta cierto punto ininteligible para el terapeuta en la medida que ambos co-habitan un contexto social y cultural (donde yacen los valores) que es hasta cierto punto similar, y comparten también la experiencia ética de valorar.

Así no nos resulta ajeno encontrarnos con un hombre que sufre el desasosiego de sentirse inútil en su esfuerzo por proveer a su familia de los recursos necesarios para tener lo que él y el resto califica como un buen pasar; o a otro que experimenta la desilusión de haber volcado toda su vida a un trabajo bien remunerado pero con el cual no se siente satisfecho, y que de paso le ha significado la pérdida del cariño de sus hijos y esposa que hoy le tratan con frialdad. También podemos encontrarnos con una mujer que sufre la desesperación de ver a su hijo sumido en las drogas y que arrastra la pena inconmensurable que deriva de atribuir este hecho al haber sido una “mala madre”. Y la adolescente que vive atormentada midiendo en gramos más o gramos menos de su propia masa corporal, la posibilidad de ser valorada como exitosa y bella en su entorno inmediato.

En estos casos podemos inferir que no se trata sólo de una emoción displacentera o malestar que nace en solitario o producto de una patología que a modo de enfermedad

invade al individuo, en palabras de Aranovich podemos plantear que se trata de un quiebre que acontece entre aquello que esperamos y aquello que recibimos; sobre las creencias que alojan en su seno la valoración de aquello que acontece como justo o injusto, merecido o inmerecido "... no se trata sólo de situaciones de pérdida; atesoramos también creencias acerca de los logros y galardones que esperamos conseguir, del respeto que suponemos merecer, de la consideración que a nuestro entender nos deben nuestros semejantes, de las facilidades y dificultades que esperamos encontrar (o evitar) en nuestra existencia futura..." (Aranovich, 2010 pág. 138). En otras palabras se trata de una emoción que emerge de la acción biográfica del valorar.

En cualquiera de estos casos, nuestros pacientes quisieran que las "cosas" o los "otros cambiaran" o "fueran en sí de otro modo", en una mirada que está puesta fuera, sobre el aparente "ser" inmutable del mundo y no sobre las valoraciones que sobre dicho mundo se han hecho, perspectiva que obligaría naturalmente a volver la mirada sobre "sí mismo" y la acción de valorar.

Aún cuando la acción de valorar pueda parecernos íntima y personal, los valores mismos nos anteceden, siendo frecuente encontrarnos sumergidos en un sistema de valoración pre establecido que pareciera obligarnos a valorar desde sus ejes referenciales aquello con lo cual nos encontramos (ética heteronómica).

Si bien este sistema tiene la función de obrar como parámetro orientador, su inflexibilidad puede llegar a ser parte de la alteración del sujeto. Como muy bien lo señalaba Ortega "la gente es un yo irresponsable, el yo de la sociedad –o social. Y al vivir yo de lo que se dice y llenar con ello mi vida, he sustituido el yo mismo que soy en mi soledad por el yo gente –me he hecho "gente". En vez de ser mi auténtica vida me la desvivo alterándola." (Ortega y Gasset, Lección VI. Cambio y Crisis, Obras Completas, Vol.V pág. 74).

En esta perspectiva, es posible inferir cómo la acción de valorar, tan inextricablemente humana puede en determinadas circunstancias ser la génesis del sufrimiento; en la medida en que el producto de esta acción se vuelve un ancla demasiado pesada que nos deja fijos y extáticos mientras el mundo sigue su curso; o en la medida que su carácter de eje orientador nos es tan ajeno y autoritario, que nos despoja de la posibilidad de descubrir el ser del mundo. Esto acontece cuando la acción de valorar se inscribe de modo exclusivo y hasta cierto punto excluyente en una ética afirmativa y heteronómica.

No obstante lo anterior, la naturaleza ética del hombre incluye también la potencialidad de reflexionar y tomar perspectivas sobre las valoraciones realizadas, y allí diríamos se encuentra una vía de escape al malestar que podría generar la acción inicial. Esta ética negativa concebida como disposición a la suspensión del juicio de la que hablaremos en el siguiente punto, constituye una posibilidad para reencontrar aquello que de vida auténtica promete la ética autonómica. Se trata de considerar la ética negativa como una posibilidad de acercarnos al mítico llamado "***llega a ser el que eres***" tanto en el sentido de poder desplegar todas nuestras posibilidades de llegar a ser, como en el de permitir que otros se desplieguen ante mí.

## ***La Ética Negativa como disposición al retiro de valoraciones***

“Elimina, pues, y sea tu propósito desprenderte del juicio, como si se tratara de algo terrible, y se acabó la cólera” (Marco Aurelio, Meditaciones XI, 18, p.200; cit. En Holzapfel, 2000 p.58)

Como señala Holzapfel, la acción ética del ser humano remite primariamente a una ética afirmativa, entendiendo esta como “una escala valórica determinada que arroja asimismo criterios para valorar las más distintas situaciones que nos toca enfrentar, permitiéndonos de este modo una orientación existencial” (Holzapfel, 2000, cit. Pág. 43) . Podríamos decir que esta ética afirmativa, en su dimensión histórico-contextual, es la *propuesta* de una sociedad determinada y en un momento determinado (a través de los códigos de ética, la religión, la familia, la tradición, etc.), que es *tomada* por el sujeto, como una herramienta que le permite orientarse en un mundo que de otra forma le resultaría en gran medida ininteligible.

No obstante lo anterior, el permanecer sólo en la ética afirmativa (cualquiera sea ésta), sabiendo además que sus paquetes valóricos tienden a permanecer en el tiempo y a defenderse de cualquier intento de cambio, dejaría al hombre anclado a la rigidez valórica de su tiempo, o en otras palabras a merced de la predeterminación histórico-sociológica. No tendría otra alternativa sino convertirse en “gente” en palabras de Ortega. A este sino se opone la idea de libertad, que por otro lado no sería sino más que una ilusión si la ética afirmativa no fuera complementada con una ética negativa.

Esta ética negativa, entendida en su versión moderada que nos propone Holzapfel, pone su acento en la disposición al retiro de valoraciones, en la acción posible y en nada extraordinaria del hombre de hacer un alto en su rutinario abandonarse en las valoraciones hechas, para revisar los fundamentos y perspectivas desde donde éstas han cobrado existencia y permanencia. Constituye una potencialidad de abrirse a la experiencia de la comprensión y cuestionamiento de lo dado y una invitación a explorar nuevas posibilidades. En esta postura la ética negativa se reconoce como un complemento de la necesaria ética afirmativa en que el hombre se mueve naturalmente.

En su libro *Aventura Ética* (Holzapfel, 2000) el autor nos presenta en una panorámica histórica el desarrollo de la reflexión filosófica en torno a una ética negativa, tomando como referentes las perspectivas de pensadores como Marco Aurelio, Spinoza, Nietzsche y Heidegger. A modo de restringido resumen, podemos decir que del trabajo de estos filósofos comienzan a develarse algunas de las características esenciales de esta ética negativa cuando es considerada en su radicalidad. Vale decir que como una constante en todos estos planteamientos, se puede inferir una reflexión en torno al sujeto ético, la acción del valorar que le es connatural, y la potencialidad de crecimiento o estancamiento que ella conlleva.

En Marco Aurelio se enfatiza la necesidad de ejercitar la “suspensión total del juicio”, como forma de rescatar el natural fluir del mundo que aparece como detenido en el acto de valorar, su expresión máxima se puede traducir en el rescate del “amor fati” (amor al destino); Spinoza en tanto, nos invita al “retiro de las valoraciones” en un llamado a considerarlas en su carácter de acción humana.

Sin duda Nietzsche es el más radical, al proponer una “desvalorización” como acción que posibilita una “inversión” de valores, poniendo con ello el énfasis en el rescate de la potencialidad creadora del hombre, a través de su expresión de poderío como creador de “valores vitales”, que ha sido abandonada a favor de las valoraciones pre establecidas, para Nietzsche “sin el valorar, la nuez de la existencia estaría vacía” (citado en Holzapfel, 2000 pág.61).

Finalmente, en Heidegger encontramos en su propuesta del pensamiento a-valórico un llamado a reflexionar y a retomar el camino de la búsqueda del ser del mundo en que habitamos. En esta última perspectiva fenomenológica, la ética negativa se emparenta con una “actitud fenomenológica” que resulta relevante para nuestro tema en tanto “... posibilita una *regresión* al *ser* de los fenómenos, y es a partir de ella también que puedo darme cuenta que de pronto las valoraciones que lanzo sobre algo en particular exigen ser retiradas, para realizar a continuación nuevas” (op. Cit. Pag. 45) y agrega el autor “En esto se presenta una doble posibilidad; una a mi juicio, la más importante, que corresponde a la *actitud existencial* permanentemente reafirmada de la disposición al retiro de las valoraciones, y la otra que alude a la práctica del mencionado retiro al modo de un ejercicio capaz de enriquecer nuestra mente y nuestra visión de mundo” (op. cit. pag. 46).

En palabras de Holzapfel esta ética negativa en su versión moderada “.... Se trataría de una *disposición al retiro de las valoraciones*.... *Que* no se aplica tanto a las escalas valóricas propuestas en la tradición, sino sobre todo a las valoraciones que se hacen a partir de ellas” (Holzapfel, 2000 cit. pag. 43)

Asentada la comprensión de la ética negativa como una disposición al retiro de las valoraciones, que viene a complementar la ética afirmativa en que se mueve naturalmente el hombre, y las potencialidades que ella trae de la mano para su existencia, es menester hacerse la pregunta de bajo qué circunstancias el hombre asume o estaría dispuesto a asumir esta disposición. Holzapfel señala al respecto que, “... el retiro de las valoraciones lo realizamos sólo en tanto que nuestra observación, nuestra percepción y pensamiento atento nos hace ver que las valoraciones que hasta ahora hemos tenido sobre algo pasan paralelas frente a aquello, es decir, no lo tocan en absoluto, por lo cual se demuestran como simplemente erróneas.” (op. Cit. pág. 44)

A esta disposición que emerge, diríamos de forma razonada, habría que agregar para nuestro ensayo la condición de sufrimiento en que se hallare el hombre, cuando producto de sus valoraciones o de su anclaje en la ética afirmativa su mundo circundante y él mismo se vuelven de alguna manera ininteligibles, ya sea porque no lo comprende o porque en los límites de dicha comprensión no es posible mantenerse a gusto en el mundo a menos que éste experimente algún cambio.

## ***La experiencia terapéutica; la búsqueda del tiempo común, la invitación a una travesía ética negativa y el escenario de conversación terapéutica***

“Cómo no reconocer que el ser humano tiene la necesidad de ambos tipos de ética. Por una parte, una que le da respuestas claras a su quehacer, pero que conlleva por ello mismo cierta limitación, al proponer un solo camino a seguir, y, por la contraparte, otra que se atreve a ponerlo todo en discusión, y se aventura hacia nuevas posibilidades.” (Holzapfel, 2000, pág.15)

Este fragmento, guarda un estrecho símil con la psicoterapia y lo que podríamos llamar su objetivo esencial, el cual trata acerca de traer a la mano un proceso de “cambio”, del cual el paciente sea protagonista y artífice fundamental a partir de su propia reflexión y acción. Este proceso psicoterapéutico trae consigo la extensión de una invitación a iniciar una travesía por la ética negativa (y que como tal invitación puede ser aceptada o rechazada), donde el paciente ha de estar dispuesto a adentrarse y permanecer en una “disposición al retiro de valores”, para la cual contará con la promesa del terapeuta de acompañarlo, actuando primero como modelo de esta disposición a través de la propia “actitud neutral” del terapeuta y luego como espectador participante de la conversación terapéutica en que va siendo testigo del cambio, en la medida que acontece la emergencia de una narración en que se hace manifiesta una nueva ética autonómica del paciente.

En este punto es preciso detenernos un instante en esta “actitud neutral” del terapeuta, y que a nuestro ejercicio reflexivo correspondería más bien llamar “actitud ética negativa” donde el terapeuta está dispuesto a detenerse en su acción natural de valorar, pues reconoce que sus propias distinciones valóricas pueden ser tomadas como intervenciones, y en este sentido todo el esfuerzo de la travesía por la ética negativa sería fatuo, pues la experiencia terapéutica, tal como lo podría temer el paciente, se transformaría simplemente en un reemplazar sus valores por los del terapeuta.

La experiencia terapéutica tiene su punto de partida con el encuentro entre un paciente y un terapeuta, en el cual el primero busca y el segundo ofrece la oportunidad de construir juntos lo que Giannini (1986) ha denominado un “tiempo común”, esto es un tiempo que se vive con absoluta disponibilidad de unos para otros, donde se busca una comunicación real o “experiencia común” que es en sí misma una transgresión o una ruptura con el tiempo funcional y el hablar rutinario en que diáfánamente transcurre el vivir. En este contexto se busca abandonar el lenguaje informativo, propio del trabajo, donde abundan las referencias exactas y las respuestas predecibles regidas por el principio de la eficacia; por un lenguaje narrativo, más propio de la expresión de la intimidad del hombre. Y el diálogo, lugar en el cual originalmente se advierte la controversia y la persuasión, ha de transmutarse en una conversación terapéutica cuyo principio rector habrá de ser la libre expresión de la intimidad de los participantes.

Si bien es cierto esta conversación terapéutica tiene algunos aspectos en común con la conversación del cotidiano vivir (la que se desarrolla en la plaza pública o entre amigos), tiene de distinto su delicada preparación, en términos del setting terapéutico, que ha de cumplir con algunos requisitos tales como: la privacidad, constancia y periodicidad, que permiten que la acción conjunta emprendida por el paciente y el terapeuta se mantenga el

tiempo suficiente como para asegurar su deriva en un nuevo relato que encierra la potencial mejoría, un mayor estado de confort y la autonomía del paciente.

Como señalábamos anteriormente en esta experiencia terapéutica, se encuentra explícita o implícitamente la invitación a adentrarse en una aventura de ética negativa. Donde paciente y terapeuta a través de la conversación llevada a efecto en un escenario de tiempo común, van desarrollando una obra donde uno de sus principales argumentos es el ejercicio de la disposición al retiro de valoraciones y la emergencia de una nueva acción valorativa.

Pero esta invitación puede percibirse como riesgosa, principalmente por el paciente, por lo que cabría preguntarnos en este punto por qué éste querría poner en juego sus ideas y valores, si como señala Giannini “estas ideas mías, por las que tal vez vivo o por las que me digo a mí mismo todos los días que lo que hago es bueno y es justo;... (*¿por qué?*)... ponerlas en juego, exponerlas imprudentemente a la eficacia –nótese bien; a la eficacia- de las ideas de mi contrincante; y arriesgar, así, que se me confundan, que se esfumen y, desposeído de ellas, quedar a merced de otras ideas –de las ideas foráneas- que pugnan por echar raíces en mi propia alma” (Giannini, 1996 pág. 248).

Trasponer este riesgo, este temor fundado de mutar los valores que se sienten como propios, por otros que se adivinan como ajenos –en otras palabras cambiar mi ética por la del terapeuta- hace necesario que nos detengamos en la comprensión de una acción que hasta ahora hemos dejado pasar, se trata del “conversar”. Y de concebir la conversación como condición esencial de la psicoterapia, en oposición al diálogo. Como bien lo señala Giannini (1996) el diálogo no puede sustraerse de su cuota de eficacia (que es perfectamente legítima por ejemplo en el terreno de lo político), y que tiene por finalidad última, el convencimiento de un oponente a través de la exposición de argumentos que su posición o la mía tiene más o menos peso, y que resuelto esto, entonces el problema que nos ocupa queda zanjado. Pero este no es el escenario que recrea la experiencia psicoterapéutica donde, ya lo señalábamos antes, tanto paciente como terapeuta se han comprometido con el ejercicio de una disposición al retiro de valoraciones; en este espacio no cabe el cuestionamiento o la controversia sobre los valores, en este espacio debiera ser llamada la libre expresión del sujeto ético.

Así, emerge la conversación como condición indispensable en que ha de desarrollarse la experiencia terapéutica, donde según lo describe Giannini (1986) “Conversar es acoger. Un modo de la hospitalidad humana. Y para la cual deben crearse las condiciones domiciliarias tanto de un 'tiempo libre' (disponible) como de un espacio 'aquietado, al margen del trajín'. Como la plaza lo es espacialmente, la conversación representa un tiempo lúdico-contemplativo en el que las subjetividades exponen sus respectivas experiencias, acogiendo y siendo acogidas en un espectáculo que allí mismo se hace y se deshace graciosamente....La conversación no pide, o más bien *no exige*.... la conversación ha renunciado desde siempre a las exigencias y propósitos del diálogo”. (op. Cit. Pág 255)



## ***La conversación terapéutica como espacio para la narración***

En la conversación que ahora llamaremos además terapéutica (que como señalamos anteriormente, tiene sus particularidades), al tratar de valores paciente y terapeuta no se contraponen ni se enfrentan, no necesitan persuadirse unos a otros o mostrar las debilidades y contrapesos de los argumentos propios o ajenos. Como a toda conversación, le es connatural el principio de demostración, que Gianinni describe simplemente como la necesidad de mostrar algo que no es claro o evidente para un destinatario y que sin embargo por alguna razón es relevante o vital que lo comprenda. Para la reflexión que nos ocupa, nada más relevante para un paciente que lograr mostrar a otro, en este caso al terapeuta, su propia vida, con todos sus bemoles, con sus dudas y reflexiones.

Por otro lado, en la conversación terapéutica emerge también la necesidad de una vida interior que necesita expresarse; en palabras de Gianinni se trata de una intimidad que "... necesita ser rescatada permanentemente de su interioridad, a fin de que pueda vivir como interioridad humana, racional." (Gianinni, 1986 pag. 255) y para este fin la conversación se transforma en el escenario ideal, en el cual el hombre en quien se encierra esta intimidad, se transforma en un narrador de sí mismo que es capaz de "...exhibir y proponer ante otros su propia experiencia de vida, sus apreciaciones, sus juicios marginales, etc. (op. Cit. Pág. 255)

Como corolario, podemos señalar que en la experiencia terapéutica lo que se busca como destino de la conversación terapéutica es una nueva narración del paciente, que revele su paso por la travesía de la ética negativa y la emergencia de una nueva y más reflexiva acción ética, caracterizada por una mayor autonomía; quedando en dicha narración inscrita la acción de valorar y el valor asociado al mundo. En palabras de Slachevsky "los relatos del paciente, la forma de narrar los acontecimientos, expresados en palabras, no son sino una forma de hacer inteligible para el terapeuta la experiencia vivida –y la valoración de ésta-, no necesariamente lo que *realmente* le ocurrió. En la danza de hablar (paciente) y preguntar o aseverar (del terapeuta) se va creando "la realidad", que emerge en ese contexto suscitado por ambos. Esta realidad que emerge nunca es fija, sino que va cambiando con la conversación, siendo retocada o acentuada de determinada manera en virtud del contexto en el que las preguntas emergen, de las circunstancias de la interacción terapéutica y de las características y expectativas de ambos protagonistas del proceso: paciente y terapeuta." (Slachevsky. cap. 2)

### ***Bibliografía***

Aranovich R.(2010). "Con un filósofo en el consultorio". Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina. Volumen 56 N° 2, Buenos Aires

Giannini, Humberto (1986). Ensayo: Rutina y trasgresión en el lenguaje. Revista Estudios Públicos, N° 24, (1986). Disponible en: [www.cepchile.cl/dms/archivo\\_1803\\_1065/rev24\\_giannini.pdf](http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1803_1065/rev24_giannini.pdf) (Noviembre, 2011)

Holzapfel, C. (2000) "Aventura Ética. Hacia una Ética Originaria". Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile. Serie Estudios.

Ortega y Gasset . (1964) Lección VI Cambio y Crisis. Obras Completas Volumen V. Sexta edición

Slachevsky A. (2009) “El lenguaje –visto desde Ortega y Heidegger-, y la fundamentación filosófica de la psicoterapia conversacional”. Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile.

Tesis para optar al grado de Doctora en Filosofía mención en Metafísica. Disponible en

[http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2009/zlachevsky\\_a/html/index-frames.html](http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2009/zlachevsky_a/html/index-frames.html)